



Apunte 10 / 2022

14 Septiembre 2022

La hidropolítica y su valor geoestratégico

Ana Ortiz de Obregón

Europa está atravesando varias crisis simultáneas que están poniendo de manifiesto su vulnerabilidad que tiene parte de su origen en las políticas cortoplacistas e incluso, oportunistas que se desarrollan en asuntos estratégicos y que, además de afectar a la economía de los países, tiene su influencia en el ámbito geoestratégico.

El ejemplo más visible está relacionado con la crisis energética agudizada por la invasión de Ucrania por parte de Putin. Si el primer efecto ha sido la falta de visión sobre algo tan fundamental como la cuestión energética, dejada durante años a la confianza de la 'buena vecindad' de Rusia, o basada en 'políticas verdes' poco eficaces, en este momento, Europa atraviesa la peor sequía desde los últimos 500 años de historia, provocando un abanico de problemas que agravan la delicada situación económica que atraviesa el continente y que son un indicio de lo que sucederá en los próximos meses.

Es ahora cuando Europa comienza a caer en la cuenta de que el agua (dulce) es un bien tan estratégico como vulnerable, por tratarse de un elemento natural y cuya gestión requiere una visión hidropolítica por el valor geoestratégico que tiene. Sin embargo, al igual que ocurre con

la energía, Europa está evidenciando que adolece de una política común que contemple su gestión, distribución, conservación y uso.

Europa tiene ante sí el reto de asumir que el agua dulce es un elemento trascendente y transversal, que requiere de planes de gestión que armonice su valor político, económico, sanitario, social e incluso, cultural.

En estado de ‘estrés hídrico’

"Hoy estamos muy preocupados por la energía, y con razón, pero esta crisis es muy pequeña comparada con el impacto de la sequía, que es de gran magnitud y que realmente tiene que ser abordada con extrema rapidez". Así de contundente se expresa Josef Aschbacher, jefe de la Agencia Espacial Europea (ESA). Una voz autorizada entre otras tantas que señalan los daños económicos proporcionados por la sequía. Un hecho que, en palabras del analista Aleix Amorós, experto en geopolítica y macroeconomía, tiene una repercusión global que está generando un caldo de cultivo que puede ser peligroso en el ámbito de la seguridad. Al mismo tiempo, el Consejo de Seguridad de la ONU advierte que no se trata meramente de una cuestión de seguridad nacional, sino de seguridad colectiva en un mundo cada vez más interdependiente y que ha mostrado su fragilidad ante la crisis generada por Putin.

La cuestión que está provocando esta situación, es que se está produciendo una sequía meteorológica por la falta de lluvia y otra sequía hidrológica debido a las sucesivas olas de calor. Ambos factores han propiciado el consecuente descenso de los recursos hídricos. El resultado es que, según el Observatorio Europeo de la Sequía, el 47% del territorio europeo se encuentra en prealerta de sequía, mientras que un 17%- los países mediterráneos principalmente- padece ya una cruenta sequía.

Es decir, se está produciendo lo que se conoce como ‘estrés hídrico’, un fenómeno que no es exclusivo de Europa. La ONU asegura que un tercio de la población del planeta sufre ‘estrés hídrico’ en mayor o menor medida. Según sus cálculos, en 2025, este fenómeno afectará a dos tercios del planeta. También adelanta que, en 10 años, más de la mitad de la población mundial vivirá en zonas de estrés hídrico severo. Más de 1700 millones de personas viven actualmente

en cuencas fluviales en las que el consumo de agua supera la recarga. En líneas generales, se puede decir que la escasez de agua afecta a más del 40% de la población mundial y se prevé que este porcentaje aumente.

Volviendo al caso que nos ocupa, que es la situación en Europa, la escasez de agua es crítica en España, sur de Italia, Grecia y los Balcanes, parte de Holanda, Alemania, Países Bajos e Inglaterra. Cabe recordar que este fenómeno no solo afecta al consumo humano. La utilización del agua está presente en la mayoría de los procesos de producción, que asimismo determinan su extracción y reserva, tanto local como general.

No hay que olvidar que la sequía de los ríos agudiza la crisis energética por su factor de vehículo de materiales, incluidos los suministros de combustible. Ya tenemos ejemplos de que esto está ocurriendo en el centro de Europa. Alemania y sus países vecinos están aplicando limitaciones a los buques de carga que circulan por el Rin y que es una ruta estratégica para el suministro de carbón y petróleo. Precisamente, en un momento en el que necesitan suplir el gas que Rusia ha dejado de proporcionar. Este momento de vulnerabilidad ocasionado por la sequía puede transformar el concepto de seguridad global, puesto que su gestión- o falta de ella- puede generar tensiones.

El caso de Noruega puede servir de referencia. Siendo uno de los países con mayores reservas hídricas del planeta y con mayor producción hidroeléctrica, ha tomado la medida de reducir la producción con el objetivo de asegurar el suministro en este próximo invierno. Esta decisión afecta a otros países como Alemania, Reino Unido y Holanda, a los que ahora exporta menos electricidad y que añaden así, un factor más de preocupación al hecho de que su suministro energético se haya visto reducido debido a la invasión de Ucrania por parte de Putin.

Es decir, menos agua implica menos electricidad, algo que repercute directamente en el mercado de la energía. La tormenta perfecta para generar 'situaciones complicadas'.

Este hecho remarca la importancia que el agua tendrá en las decisiones políticas y relaciones internacionales en el corto y medio plazo, puesto que otorgará poder a quién tenga mejores reservas hídricas y adecuadas políticas de agua. Un factor de enorme complejidad por su impacto en el consumo humano, en la industria, la generación de energía, y por supuesto, en su influencia sobre el campo, los cultivos y la producción agroalimentaria en general.

Políticas integrales de los recursos hídricos

La situación de escasez y sequía que estamos viviendo pone de manifiesto que el agua precisa de una gestión integrada de recursos hídricos que debe abarcar las políticas, instituciones, instrumentos de gestión y el financiamiento para que dicha gestión sea realmente integral y colaborativa, que tome en consideración la influencia que ello tiene en diferentes campos, y que condiciona el desarrollo geográfico, y, por ende, el desarrollo político, económico, sanitario, cultural y estratégico.

Para empezar, hay que tomar en consideración que los altos niveles de estrés hídrico provocados por la sequía tienen su reflejo en la gestión del ecosistema y su adecuado desarrollo en el medio y largo plazo. El estrés hídrico puede llevar a la escasez de agua, lo que podría generar el desplazamiento de unos 700 millones de personas para en las próximas décadas. Un desplazamiento de consecuencias económicas, sanitarias y de seguridad de los países.

Al mismo tiempo, hay que tener presente su componente sanitario, como fuente de salud. En un contexto de guerra como el actual, es preciso redoblar las garantías de las condiciones sanitarias de los recursos de agua dulce, así como su abastecimiento. Los rápidos desplazamientos que se están produciendo en Europa como consecuencia de la invasión de Ucrania por parte de Putin repercuten también en el equilibrio de los ecosistemas hídricos. El incremento de uso de agua potable en tan breve espacio de tiempo, el incremento de vertido de residuos motivados por estas circunstancias, unido a la situación de sequía propiciada por la falta de lluvia, influye en los niveles de oxígeno. Como también, puede favorecer un incremento de bacterias y otras sustancias contaminantes, con las connotaciones que ello tiene para la salud. No solo en el consumo final, sino en la irrigación y su uso agrícola y ganadero. Este dato ofrece una idea de lo que todo esto supone: el consumo privado de agua en la UE representa solo el 9 por ciento del uso total, alrededor del 60 por ciento lo absorbe la agricultura y la ganadería.

La gestión del agua como desafío

“El agua puede moldear la Historia. Engrandecer o debilitar a un rey, ser instrumento de opresión o incluso un arma de guerra”. Esta frase atribuida a Leonardo Da Vinci refleja la importancia que tiene el líquido elemento, su uso y gestión en cualquier época de la Historia de la Humanidad.

Hoy, la situación de sequía que sufre Europa y la falta de visión global de sus gobernantes a la hora de gestionar el agua está profundizando en su vulnerabilidad, generada como consecuencia de la concatenación de varios fenómenos naturales y políticos que se están produciendo de forma simultánea.

Por un lado, la crisis energética que está sufriendo agudizada por la invasión de Ucrania por parte de Putin y que tiene visos de agravarse a medida que se acerque el invierno. A este factor hay que sumarle una inflación desbocada y una más que probable recesión.

Tener una percepción apropiada del fenómeno es quizá el primer paso para lograr que la gestión del agua en épocas de escasez permita afrontar la sequía con más éxito, con base en una asignación adecuada del agua existente, tanto en épocas de abundancia, como en situaciones de déficit.

En este contexto, estamos comprobando las consecuencias que está teniendo sobre el continente la falta de experiencia de los países del norte en la gestión de sequías, que junto a la alta vulnerabilidad al respecto de los países del sur, facilita que se estén generando importantes consecuencias en diferentes sectores, que abarcan desde la economía, pasando por la salud e incluso, puede comenzar a generar tensiones geopolíticas.

Hay que recordar que, con independencia de la situación puntual, en el que cada país está tomando decisiones locales en función de su necesidad, el acceso y uso del agua está contemplado como derecho, recogido en el Derecho Internacional Humanitario, que es de obligado cumplimiento sobre el papel, pero que no así en la práctica, entre otras cosas porque el derecho de la protección del agua está constituido por normas dispersas de aplicación en tiempos de paz, pero no así en tiempo de guerra, ni mucho menos, en situación de sequía. A

todo esto hay que añadir un factor esencial. En la medida en que los recursos hídricos disponibles son limitados, hay dos parámetros que muestran el desafío que representa: por una parte, está la inmensa desigualdad en la distribución del agua en la superficie del globo, y, por otra, el principio de soberanía de los países que tienen estos recursos. Factores que agudizan el riesgo de tensiones de diferente índole entre países y que, al mismo tiempo, otorgan poder geoestratégico a quien los posean.

A pesar de que en el segundo Foro Mundial del Agua celebrado en La Haya en 2000 ya se apuntó que el siglo XXI podría estar marcado por el agua y su gestión- en previsión a su escasez- la realidad es que las políticas de agua europeas están diluidas en convenios y pactos de diversa índole que hablan del medio ambiente en general. Unas políticas más bien oportunistas y poco profundas enfocadas desde un punto de vista *colorista y marketiniano*, que, al igual que ocurre con las políticas energéticas, no contemplan medidas, no ya que indiquen cómo gestionar los recursos (energía, agua, etc.), sino que ni siquiera establecen una hoja de ruta que seguir. El ejemplo más visible es el [Acuerdo de París](#), jalonado de intenciones, pero sin concreción alguna.

De ello se deduce que los estragos que está haciendo la sequía en el ámbito político y geoestratégico no está condicionada exclusivamente por su componente natural y geográfico. Guarda relación directa con factores antropogénicos, como la falta de información y de cultura del agua realista y seria, alejada de tentaciones propagandísticas e *influencers*; falta de organización institucional y social, así como ausencia de estrategias adecuadas y oportunas para afrontar los retos.

Conclusiones: el agua y su valor geoestratégico

En virtud de la situación de estrés hídrico que asola Europa- aunque no solo afecta a nuestro continente- y la repercusión que está teniendo en los diferentes países y ámbitos, es evidente que urge orquestar una hidropolítica de gestión del agua con perspectiva geoestratégica en el tiempo que trascienda los intereses nacionales. Una mala gestión de los recursos hídricos puede ocasionar tensiones entre países, puesto que la falta temporal de agua para los diferentes procesos de producción y el consumo afectarían a la relación entre los mismos. Una cuestión de

seguridad que vendría a agravar la actual crisis energética y económica que asola al viejo continente.

Su gestión es un tema complejo por su alto componente natural. Por ello, una adecuada hidropolítica debe ser lo suficientemente flexible como para garantizar su adaptación a los cambios que la propia naturaleza produce. Al mismo tiempo, habría que trabajar en una armonización jurídica en cuanto a uso, distribución y preservación del agua que realmente garantice el derecho a su utilización por parte de todos de forma equitativa y realista. Ello comporta campañas de concienciación que realmente tengan un fin pedagógico y cultural, más allá de tentaciones efectistas y demagógicas, que, a la luz de los hechos, no solo no solucionan el problema, sino que ha contribuido a agravarlo. Finalmente, sería deseable que esta hidropolítica estuviera sustentada en la capacidad de previsión que facilitan los avances científicos y tecnológicos, que diera como resultado una política de resultados previsibles y prácticos.

En definitiva, en el asunto del agua, como ocurre ya en el ámbito energético, Europa tiene la obligación de apartarse de políticas oportunistas e ineficaces que no solo no abordan los problemas, sino que han contribuido a crearlos. La crisis generada por la invasión de Ucrania por parte de Putin está poniendo negro sobre blanco la capacidad de los países europeos para actuar en serio sobre los problemas, sin complejos y sin estridencias. La seguridad de las naciones se garantiza con políticas sólidas y serenas que contribuyan a la buena vecindad.

Ana Ortiz de Obregón, periodista y analista del Centro de Seguridad Internacional (CSI) de la Universidad Francisco de Vitoria. Experta en Relaciones Institucionales Internacionales. Especialista en asuntos Sociosanitarios y en Sociedad Digital.